

Experiencia de Dios

Pedro Trigo s.j.*

A

bundan tantas ofertas sobre Dios en esta sociedad postmoderna que no está de más hacer la propuesta del Dios cristiano. La haremos sucintamente, aunque no podamos evitar la complejidad que la caracteriza. Trataremos al menos de exponerla con sencillez y haciendo ver su grandeza, su hermosura, su relevancia.

Antes de hablar de nuestra experiencia de Dios, nos vamos a referir a la relación de Dios con nosotros. Ya que nuestra experiencia no puede consistir en otra cosa que en percibir esa relación y corresponderla.

Vamos a decirlo todo sintéticamente y luego lo desarrollamos.

Como previo diremos que llamar a Dios Trinidad no tiene ningún sentido si no podemos entablar relaciones específicas con cada persona divina, aunque las relaciones se reenvíen mutuamente componiendo una sola trama.

Dios se relaciona con nosotros amándonos y su relación nos hace reales. Jesús se relaciona con nosotros atrayéndonos y su relación nos hace humanos. El Espíritu se relaciona con nosotros moviéndonos y su relación nos hace cristianos. Estas tres relaciones, siendo de cada uno, forman una unidad, se corresponden.

Nosotros nos relacionamos con Dios viviendo en la realidad creativamente y con él como Padre poniéndonos en sus manos y a su disposición. Nos relacionamos con Jesús yendo en pos de él: dejándonos atraer por su humanidad cualitativa y contemplándolo en los evangelios en orden al seguimiento. Nos relacionamos con el Espíritu obedeciendo a su impulso.

CÓMO SE RELACIONA DIOS CON NOSOTROS

Dios se relaciona con nosotros siempre. Esto no tenemos que entenderlo, como sería nuestro caso, como una relación que se sigue poniendo una y otra vez indefinidamente, sino como una única relación que permanece. Pero tampoco se ajustaría a la realidad pensar que esta relación es algo como automático, algo que se deriva necesariamente de su esencia, como el sol ilumina y calienta. Es un acto libre. Podemos decir, hablando humanamente según el horizonte bíblico, que Dios es absolutamente fiel.

Pues bien, la relación de Dios con nosotros no toca a algún aspecto particular de nuestra existencia, como podría ser que nos hace buenos o sabios o poderosos. Por el contrario, el fruto de la relación somos nosotros mismos. Eso es lo que queremos decir cuando afirmamos que su relación nos hace reales. Si Dios dejara de relacionarse con nosotros, volveríamos a la nada.

Pero esto no tenemos que entenderlo como que somos unas marionetas en manos de Dios. No es así porque su relación con nosotros es absolutamente trascendente. Por eso la investigación científica nunca podrá detectar su presencia. Su relación no entra en lo creado, en la realidad. En este nivel de la realidad, la relación de Dios hace existir un mundo autosuficiente. Por eso Dios no puede ser concebido como un tapagujeros. Sería pensar mal de Dios, sería pensar que él no fue capaz de crear algo que tuviera en sí mismo principios de dinamismo y perfectibilidad. Al nivel de las especificaciones de la realidad y de su funciona-



miento, ella sólo remite a sí misma. Dios no es un ser mundano, ni tampoco es la realidad como todo, ni su energía o dinamismo. A este nivel, éste es un mundo sin Dios. Y nosotros tenemos que vivir en él sin él, atendidos a nosotros mismos y a la disponibilidad de lo real.

Entonces ¿en qué sentido decimos que su relación con nosotros nos hace reales? Nosotros somos animales de realidades. Si vivimos a este nivel, y no nos restringimos al nivel de lo particular en el que sólo nos encontramos con especificidades, llegaremos a hacernos cargo de nuestra condición de religados. Formamos parte diferenciada y autoconsciente de la estructura dinámica de la realidad en la que consistimos, pero esa con-sistencia es limitada, y, en ese sentido, no es consistente. La consistencia nos la da esa referencia nuestra y de todo lo real a lo que nos hace reales. Una referencia que no llega a hacer sistema con aquello a lo que se refiere, es decir con la realidad, porque no la pongo yo, no la ponemos nosotros, no sale de la realidad sino que es la marca de la relación trascendente de Dios con nosotros que nos hace reales.

Ahora bien, hacernos reales no es algo abstracto, como si dijéramos una existencia sin esencia. No es así porque la relación de Dios con nosotros no tenemos que concebirla como la acción de un ser poderoso que pone en la existencia, fuera de sí, a otros seres. Dios nos hace reales amándonos. Por eso nos hace libres, verdaderos, amables, buenos. Y además, como nos hace reales amándonos, está presente en nosotros, porque el amor hace libre de sí al que ama, pero lo mantiene unido a sí con el lazo de su amor, que en el caso de Dios, no es algo de él sino él mismo, ya que Dios es amor. Así pues, nosotros somos el don de su amor, y él está presente en su don. Aunque esa presencia se da en la más completa libertad mutua.

El amor de Dios que nos hace reales es completamente gratuito. Dios no nos ha creado para servirse de nosotros porque es la plenitud absoluta, ni para que le ayudemos a poner orden en el caos de la creación, como si su obra le superara y abrumara. Por el contrario, a él le satisface lo que crea amándolo. Pero sí nos ha creado creadores, es de-

cir para que nos entreguemos al dinamismo de ese amor que nos constituye. Más aún, nos ha hecho capaces de él, es decir capaces no sólo de actuar esas energías de vida sino de amar realmente al que con su amor nos hace reales.

Si Dios se relaciona con nosotros amándonos, este amor ha llegado al colmo al darnos a su Hijo y a su Espíritu. Si su amor nos hace reales, al darnos el término de las relaciones que lo constituyen, nos da participar en su mismo nivel de realidad.

CÓMO NOS RELACIONAMOS CON DIOS

Y ¿cómo nos relacionamos nosotros con Dios? Aceptando esa relación suya que nos hace reales. La aceptamos creyendo en su amor, es decir, descansando en él, fundándonos en él, y amando, o sea, entregándonos a ese amor que nos hace reales, actuando ese amor, reconociéndolo en lo demás y en los demás, y derramándolo sobre ellos y recibéndolo de ellos. Así pues, nuestra relación con Dios es fundarnos en él, vivir desde la confianza que da el saber que todo es don del amor de Dios, del amor que es Dios. Ahora bien, fundarse en ese amor es vivir de él y para él, ejercitándolo. Dicho gráficamente, nos relacionamos con Dios poniéndonos en sus manos, aceptándonos siempre en sus manos.

Es claro que una persona que crea así en Dios vive en paz y da paz. Porque sabe que nada podrá separarlo de ese amor que es fundamento de su existencia y principio de su acción. Al saberse religada y aceptar este lazo con inmenso amor y alegría, reconoce los lazos y crea lazos, no sólo los lazos que expresan la pertenencia a la estructura dinámica de la realidad sino el lazo trascendente de la co-religación, la afinidad con los demás que da el saberlos también dones, como uno, del amor creador de Dios. Un ser así vive constructivamente, positivamente. Y siempre, desde la libertad y dando libertad. Y desde la verdad y con la verdad, haciendo la verdad. Y desde una alegría de fondo. Y agradecido.

Ahora bien, no podemos dar por supuesto que queremos vivir en la realidad y ser reales. Como vivir en la realidad es la oferta libre del amor creador, tenemos que corresponderla libremente. Y podemos negarnos a co-

rresponderla hasta llegar a perder completamente el sentido de realidad. No hacer justicia a la realidad que somos nosotros y en la que nos movemos es no aceptar la relación de Dios, no corresponderla. Y el efecto de andar en la mentira es la esclavitud y la muerte. Vivir de apariencias, engañándonos incluso a nosotros mismos, vivir conductualmente en cada ambiente sin pretender coherencia interna, negándonos incluso a ser sujetos, es decir a actuar desde nuestra realidad más genuina, lleva a perder el rumbo, a vivir preso de mecanismos factuales, de la lucha de los poderes y de la tiranía de los impulsos.

Más aún, si en definitiva Dios nos ha creado para que correspondamos personalmente a su amor creador, despreciar ese amor es condenarse a la esterilidad. Es muy hermoso el estatuto humano, pero también muy arriesgado.

CÓMO SE RELACIONA JESÚS CON NOSOTROS

Jesús se relaciona con nosotros atrayéndonos. Atrae, claro está, a los que leemos los evangelios, con el resplandor de su vida. Pero atrae a todos, más aún, con el peso infinito de su humanidad. Jesús, resucitado de entre los muertos por el Padre y constituido por él Señor de vivos y muertos, está en el seno de Dios. Desde ahí nos atrae. De múltiples maneras.

La relación de Jesús con nosotros nos humaniza. Jesús es paradigma de humanidad, es decir el ejemplo más claro y sobresaliente de lo que es un ser humano. Así pues, si queremos humanizarnos tenemos que contemplar a Jesús para tomar ejemplo de cómo serlo.

Pero es más todavía, es prototipo de humanidad: el molde en el que los seres humanos fuimos creados. Desde este punto de vista, los seres humanos no somos imágenes de Dios, sino imágenes de la Imagen adecuada de Dios, que es Jesús de Nazaret. Es decir que Dios al hacernos reales estaba pensando en la realidad de su Hijo único, que es la humanidad perfecta. Si Jesús es el ser humano propiamente dicho, llegar a ser humanos es invertir la humanidad de Jesús.

Pero Jesús es todavía más: es arquetipo de humanidad. Nosotros podemos invertir la humanidad de Jesús

porque es él mismo el que irradia humanidad. En Jesús habita la plenitud de la divinidad corporalmente, es decir humanamente. Eso significa que Jesús nos supera infinitamente a nosotros, pero que nos supera en humanidad, porque su humanidad es la del Hijo de Dios. Pues bien, ese Jesús nos atrae, como lo hace un campo gravitatorio, con el peso infinito de su humanidad. Atrae a todos los seres humanos, lo conozcan o no, ya que todos estamos bajo ese campo de irradiación. De este modo la relación de Jesús con nosotros nos humaniza. Nos humaniza, si nos dejamos atraer por él. Pero es él quien nos atrae, es el peso de su humanidad el que nos lanza hacia él.

La humanidad de Jesús no es objetiva, no puede desaguarse en un tratado, ya que toda persona es misterio inexhaustible, y Jesús posee una humanidad infinita. Sin embargo sí es posible destacar algunas líneas maestras o dicho de otro modo, las relaciones constituyentes de su humanidad. Son dos y juntas caracterizan el misterio humano que nos reveló Jesús: Jesús es el Hijo único de Dios y el Hermano universal. El Hijo único de Dios, al hacerse nuestro Hermano, nos hizo verdaderos hijos de Dios, hijos en el Hijo. Pero, puesto que nos hizo hijos al hermanarse, nos enseña que no podemos ser hijos de Dios sin hacernos hermanos de todos los seres humanos. ¿En qué sentido esta humanidad así revelada sigue siendo misterio? En el de que sólo viviéndola vamos comprendiendo su sentido, que nunca se agota.

No podemos olvidar, sin embargo, que la figura de Jesús fue exhibida como el ejemplo de lo que no había que hacer y de lo que no había que ser. Las autoridades políticas y las autoridades religiosas rechazaron la propuesta humana de Jesús. Y no fue una confusión lamentable. El poder político absolutizado no aceptó medirse por la verdad y por eso incurrió en la injusticia. También el poder religioso se había sacralizado y no aceptó que la religión es para el ser humano y no el ser humano para la religión. Al no querer vivir al nivel de la realidad, se convirtieron en asesinos.

Hoy también se prefiere frecuentemente la combinación de autarquía y sumisión a las reglas de juego, a vivir como hijos de Dios y hermanos de to-

dos. En vez de la confianza filial, la seguridad que da el dinero y la posición o el enfeudamiento al sistema. Y en vez de las relaciones simbióticas de emulación y colaboración, la sociedad del riesgo y la lucha de todos contra todos con las reglas de juego vigentes.

El paradigma de Jesús sin duda que tiene muchos seguidores, pero no podemos decir que tenga vigencia. Por eso seguirlo exige pagar un precio.

CÓMO NOS RELACIONAMOS NOSOTROS CON JESÚS

Siguiéndolo. Lo podemos seguir de dos modos: dejándonos atraer por su humanidad cualitativa que irradia sobre toda la humanidad, y además contemplándolo en los evangelios discipularmente, es decir para habérmolas en nuestra realidad de modo equivalente a como él lo hizo en la suya.

Todo ser humano cuando vive su propia cultura dinámicamente, es decir como camino para constituirse en humano, cuando transforma desde dentro su cultura para irse haciendo cualitativamente humano, está dirigiéndose hacia Jesús de Nazaret, hacia su humanidad cualitativa, aun cuando desconozca su nombre. Se está dirigiendo hacia él, atraído por él. Ya que la humanidad cualitativa no es una idea reguladora ni un ideal, ni una utopía. La humanidad real consumada existe. A esta humanidad nos dirigimos y nuestro movimiento está posibilitado y sostenido por la atracción de esa misma humanidad, de ese humano infinito, de esa persona concreta que es Jesús de Nazaret. Pero somos nosotros quienes nos dirigimos libremente hacia él. Y caminar en esa dirección es nuestro obrar más auténtico y personal, y el resultado somos nosotros como nuestra obra de arte más consumada, para tomar la expresión de los griegos.

Más aún, dirigirnos hacia él, si es entrar en su órbita, es por eso hacer cuerpo con él, un cuerpo real, constituido por relaciones reales de personas autónomas que confluyen hacia la misma humanidad concreta. Toda la humanidad va a llegar a ser el cuerpo del Cristo total.

Pero además de esta relación, que es consciente y libre, pero que no sabe el nombre de esta persona, está la relación con Jesús de Nazaret, conocido

en fe a través de los evangelios. La contemplación de los evangelios, en orden a gustar la verdadera humanidad, a alegrarse en ella, a conocerla internamente por connaturalidad, es una relación bien hermosa y privilegiada a la que somos invitados. Este modo de relación es, digámoslo así, desinteresado. El que contempla no está pensando ante todo en los frutos de esa contemplación, en el provecho que puede reportarle. Está muy agradecido porque le ha sido concedido contemplar a Jesús. El campo de su conciencia

Si Dios se relaciona con nosotros amándonos, este amor ha llegado al colmo al darnos a su Hijo y a su Espíritu.

Más aún, si en definitiva Dios nos ha creado para que correspondamos personalmente a su amor creador, despreciar ese amor es condenarse a la esterilidad. Es muy hermoso el estatuto humano, pero también muy arriesgado.

está dirigido a él, absorbido por él. Le llena contemplarlo. Y así, imperceptiblemente, se le va pegando el modo de relacionarse, sus actitudes profundas, su manera de sentir, su mentalidad, su mundo, sus preferencias. Ahora bien, como quiere a esta persona, también le duele la distancia que percibe respecto de ella, lo que en su interior no se puede compaginar con ella. Este dolor obra con fuerza como palanca eficaz para transformarse.

Pero además, al contemplarlo, percibe que él lo llama para que continúe su misión, para que viva su situación de modo equivalente a como Jesús vivió la suya. Por eso este tipo de relación con Jesús concluye en el seguimiento. Un seguimiento que no puede ser sino creativo, una creatividad que busca ser fiel. El seguimiento se hace en continuidad con el grupo de Jesús, con sus seguidores iniciales, continuidad histórica, pertenencia, pero no menos continuidad de inspiración.

La relación de Jesús con nosotros nos humaniza. Jesús es paradigma de humanidad, es decir el ejemplo más claro y sobresaliente de lo que es un ser humano.

CÓMO SE RELACIONA EL ESPÍRITU CON NOSOTROS

El Espíritu se relaciona con nosotros impulsándonos desde más adentro que lo íntimo nuestro. Así como la trascendencia de Jesús se da en que nos atrae desde el seno del Padre, que en su designio es nuestro futuro, así la trascendencia del Espíritu es por inmanencia. Si íntimo quiere decir lo más adentro posible, ¿cómo es posible ir más adentro que lo íntimo? No hay contradicción porque por íntimo entendemos aquí lo más adentro posible para nosotros, pero no para el Espíritu. Significa que lo más hondo de nosotros no nos es accesible a nosotros sino sólo al Espíritu. Por eso dice Pablo que somos templos del Espíritu.

Ahora bien, el Espíritu no está, en el sentido de que no reside estáticamente. El Espíritu es acción, movimiento: es el soplo del aire, el manar del agua, el crepitar de la llama, según los símbolos bíblicos. El Espíritu nos mueve siempre. Nos mueve hacia la libertad y la confianza de los hijos de Dios, hacia Jesús de Nazaret, nuestro Señor, y hacia los demás como nuestros hermanos en Cristo.

Si nos mueve desde más adentro que lo íntimo nuestro, no tenemos experiencia de él ya que no podemos lle-

gar a él. Tenemos experiencia de lo que en nuestro interior se mueve y de la dirección en la que se mueve. Esto significa que no hay relación cara a cara con él sino, digámoslo con una metáfora, codo a codo. No nos miramos; en este sentido la relación no es directa, sino que él nos mueve a Dios, a Jesús, a los demás. Si él mueve nuestro interior, tenemos una relación inmediata con él o, mejor dicho, él la tiene con nosotros. Pero, insistamos, nuestra atención está dirigida, si le obedecemos, hacia adonde nos mueve, no hacia él, que nos impulsa.

¿Hacia dónde mueve el Espíritu? ¿Qué hace el Espíritu con quien acepta su conducción? Lo hace cristiano, no primariamente en el sentido de miembro del grupo de los cristianos, sino que lo configura según Jesucristo, que lo cristifica. Es decir, le otorga la humanidad de Jesús: lo constituye hijo de Dios en su Hijo Jesús y hermano de los demás en Jesús, el Hermano universal. Lo conforma con Jesús, lo lleva a adquirir su mentalidad, su sentir profundo, sus actitudes, su modo de relación. Eso, independientemente de que conozca a Jesús de Nazaret o incluso independientemente de que el concepto Dios esté en su horizonte. Ahora bien, si a esa persona se le proclama Jesús de Nazaret, el Espíritu lo lleva a asentir a esa proclamación, y lo mismo si se le proclama el Dios de Jesús.

CÓMO NOS RELACIONAMOS CON EL ESPÍRITU

Nos relacionamos siguiendo su impulso, obedeciéndolo. Para ello el primer paso indispensable es el recogimiento: si estamos dispersos o ensimismados, si no estamos al nivel de la realidad, no podemos percibir el movimiento del Espíritu. En este mundo en el que somos bombardeados por imágenes visuales y sónicas, en el que se nos insta compulsivamente a consumir y más profundamente a alinearnos, uno tiende a vivir o en guardia, defendiéndose, o entregado y por tanto deconstruido, disuelto en sus elementos, en sus impulsos autonomizados. Es muy difícil que uno tenga tal señorío de sí que ande canalizado, unificado y en la realidad. Por eso es imprescindible el trabajo continuo, sin prisa y sin pausa, con paz, pero sin

concesiones, por centrarnos, por vivir en la realidad, por andar habitualmente recogido.

Si ando recogido, percibo en mi interior un fenómeno complejo: no sólo obran mis facultades sino que se mueven muchos espíritus: el del tiempo, el de esta figura histórica, el de mi generación, el de mi clase social, el de mi ciudad, el de mi familia, el de las instituciones a las que pertenezco. No es que además de estos espíritus detecte otro que es el de Jesús. Si así fuera, sería un espíritu de este mundo, no sería, como hemos insistido, trascendente. Por supuesto que mueve, pero no al mismo nivel que los otros. Mueve, pero yo lo que detecto es cómo se mueve mi espíritu y los otros. Lo que tengo que detectar en cada momento es qué movimiento vehicula al Espíritu Santo. En esto consiste el discernimiento espiritual.

¿Y en qué se distingue que es el Espíritu el que mueve? Se distingue de dos modos: hay que mirar hacia dónde mueve y qué efectos causa. Si mueve hacia el Dios de Jesús con la libertad y confianza consiguientes, es el Espíritu Santo. Si mueve hacia el seguimiento y la configuración con Jesús, es el Espíritu de Jesús. Si mueve a promover la fraternidad con los demás, incluidos los desconocidos, los pobres, los distintos y los enemigos, es el Espíritu del Mesías Jesús. Si causa paz, fortaleza, verdad, humildad, simpatía, compasión, responsabilidad, alegría, paciencia, tolerancia, no cabe duda de que es del Espíritu Santo.

* Miembro del Consejo de Redacción